

# **Exclusión social y fragmentación urbana en el cuento “Lydia en el canal” Una aproximación entre literatura y pensamiento urbano.**

Ana Laura Gindin.

Cita:

Ana Laura Gindin (2004). *Exclusión social y fragmentación urbana en el cuento “Lydia en el canal” Una aproximación entre literatura y pensamiento urbano. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/47>

## **Exclusión social y fragmentación urbana en el cuento**

### **“Lydia en el canal”**

*Una aproximación entre literatura y pensamiento urbano*

Autora: Ana Laura Gindin

Estudiante avanzada de la carrera de sociología

Email: anagindin@hotmail.com

### **Resumen**

El trabajo propone reflexionar en torno a la fragmentación urbana y la exclusión social en la “ciudad global” a partir del cuento de Marcelo Cohen “Lydia en el canal”<sup>1</sup> (1992). Se apuesta a redescubrir el valor de las aproximaciones literarias para pensar lo urbano.

Verdaderos protagonistas del relato son el *espacio* y la *ausencia*. Un espacio comprimido, menguado, amontonado, y la ausencia como ausencia de futuro.

Desde la teoría, se conjugan ciertos aportes de autores como Schapira, Borja y Castells, y Marcuse, entre otros, referidos a las nuevas formas de segregación, al surgimiento de nuevos patrones de asentamiento espaciales, a la pérdida de unidad de la sociedad urbana y el nuevo modelo de ciudad fragmentada y dual. Asimismo se retoman los conceptos de *capital espacial*, *habitus* y *trayectoria social* de Bourdieu.

Los relatos abonan una fuente creativa e inteligible de la realidad social. Así, se considera fecunda la articulación de lo literario y la teoría sociológica.

---

<sup>1</sup> Cuento incluido en el libro *El fin de lo mismo* de M. Cohen, 1992, Alianza Editorial, Argentina

“...apenas el forastero llega a la ciudad desconocida (...) distingue de inmediato cuáles son los palacios de los príncipes, cuáles los templos de los grandes sacerdotes, la posada, la cárcel, los bajos fondos. Así –dice alguien– se confirma la hipótesis de que cada hombre lleva en su mente una ciudad hecha sólo de diferencias, una ciudad sin figuras y sin forma, y las ciudades particulares la rellenan” Italo Calvino, en *Las ciudades invisibles*

El arte suele ser una excelente catarsis de lo social. Apostando al valor de las aproximaciones literarias para pensar lo urbano, se utiliza un cuento argentino contemporáneo para el desarrollo de esta propuesta.

“Lydia en el canal”, cuento de Marcelo Cohen incluido en *El fin de lo mismo* (1992), está ambientado en los “barrios bajos” de una ciudad ficcional pero que, con sus explanadas de monoblocs al borde de un canal, el puente ferroviario que lo cruza, el basural tecnológico industrial y la villa miseria lindante, recuerda a ciertos costados de Buenos Aires, donde la desigualdad se ve reflejada en el espacio. Mordaz, el relato *descubre* una cara menos visible de la ciudad posmoderna, consumidora, global, y oficia de disparador para reflexionar sobre la problemática de los fenómenos de la fragmentación urbana y la exclusión social.

Casi como una excusa, aparece la historia de Lydia, una mujer recientemente viuda, que es desalojada y enviada a vivir a un monobloc.

En el relato se entrecruzan drogas, diálogos con una consultora terapéutica del trabajo y una aventura con su vecino, Tranco, de 19 años, casado con Vivián, conductor de una camioneta de carnicería de día y taxi-boy de noche.

La descripción del barrio y sus personajes es ácida: las paredes precarias, deladoras de ruidos; el viejo cine como es el lugar de reunión para escuchar a los pastores de la iglesia de las vísperas; la pizzería Vertiz, y el Orinoco, lugar bailable, resumen el cuadro.

El cuento empieza con la *muerte*. Lydia, desagregada por el dolor de su esposo ausente, y sus nuevos vecinos, habitantes de un barrio *excluido*<sup>2</sup>.

"Muerte en los umbrales vacíos, (...) en el rezongo del tráfico, en el olor a levadura que asaltaba el aire, muerte en las nubes, y en el cuello de Lydia..." (Cohen; 1992: 207)

Verdaderos protagonistas son el *espacio* y la *ausencia*. Un espacio comprimido, menguado, amontonado, y "escaso de mundo"; y la ausencia como ausencia de futuro, como *abandono* y, en un sentido más absoluto: el barrio *barrido* de las mentes de quienes tienen la suerte de vivir en lugares "saludables"<sup>3</sup>.

Crítico, el relato "Lydia en el canal" permite, de este modo, dar cuenta de varias de las transformaciones que experimenta la ciudad en el período posmoderno.

M. Schapira (2001) -quien analiza los procesos de fragmentación espacial y social en las ciudades latinoamericanas- destaca como, a partir de los ochenta, el aumento de la

---

<sup>2</sup> Se utiliza en principio este término, como se discutirá más adelante, quizás fuera interesante matizarlo.

<sup>3</sup> La palabra "saludable" es utilizada por personajes del cuento para describir otro barrio, en comparación con el del canal. (Cfr. Cohen 1992:232)

pobreza, la violencia y las nuevas formas de segregación resquebrajan la idea de la gran metrópolis latinoamericana *integradora*.

Las viejas articulaciones entre identidades espaciales, sociales y políticas se fisuran... ¿Hay un nuevo modelo de ciudad fragmentada?

En el cuento, Cohen señala la separación del barrio, su guettificación, exclusión y, si bien resulta poco claro si se trata o no de un sector tipo *enclave* de pobreza o un *escalón* distribuido<sup>4</sup>, no parecería errado pensar a la ciudad de Lydia como una ciudad globalizada donde el barrio del canal no se ha integrado al movimiento. Aunque el cuento no menciona directamente la idea de globalización, hay una constante referencia a la revolución económico tecnológica y sus consecuencias. Por otra parte, cabe recordar que el hilo conductor que atraviesa el libro “El fin de lo mismo”, en el cual se incluye el relato, es una fuerte crítica a ciertos aspectos de la vida en la ciudad posmoderna y postindustrial.

Resulta interesante retomar a J. Borja y M. Castells (1996), quienes destacan el doble carácter de la nueva economía global: incluyente de lo que crea valor y se valora, y excluyente de aquello que se minusvalora o devalúa<sup>5</sup>. Mientras que unos pocos segmentos se integran en una red mundial de consumo y creación de valor, la amplia mayoría son excluidos, pasando de un situación de explotación a una “nueva irrelevancia estructural”<sup>6</sup>. Al inquirirse por el impacto de los procesos de globalización sobre la estructura social y espacial de las ciudades, estos autores proponen tres ejes: la articulación entre lo local y lo global en nuevos procesos productivos estratégicamente dominantes; el surgimiento de nuevos patrones de asentamiento espaciales; y el nuevo sentido histórico de los procesos de polarización espacial intra – metropolitana.

---

<sup>4</sup> Pobreza entendida como *gradación*. Ver Schapira (2001)

<sup>5</sup> Respecto a la nueva dinámica de la valorización, ver también Sassen (1999: 14)

<sup>6</sup> Carnoy, Castells, Cohen y Cardoso, 1993 citado en Borja y Castells, 1996:19

Es en particular a partir de los dos últimos, que resulta interesante reflexionar sobre el cuento de Cohen. En principio, es claro que el “barrio del canal” no está integrado a la nueva “*sociedad de flujos*”. Sin embargo, dada la idea de lejanía de otras áreas de la ciudad, el relato pareciera desarrollarse, cuando menos, en una urbe de gran tamaño. Si además se hacen caso a las reminiscencias porteñas, el barrio del canal podría ser visto como parte de los sectores “desechables” de una *megaciudad* –conectada a las redes globales, pero internamente desconectada de sus sectores no funcionales o perturbadores del orden social-. En el relato la fragmentación de la ciudad es franca: el barrio, los monoblocs, el basural tecnológico, el depósito de *lo no deseable* como partes de la lógica de lo excluido.

P. Marcuse (1995) destaca el *orden* que subyace a la fragmentación urbana. Las particiones de las ciudades son en algunos casos funcionales, pero en otros mero reflejo de las relaciones sociales. Cada distrito “separado”, está en relación con el resto formando parte de una organización jerárquica del espacio. En la ciudad posmoderna no hay ya un *enclave* de la pobreza, sino que la misma se encuentra en *una gradación*.

Desde esta perspectiva Marcuse realiza una tipificación de los vecindarios identificando cinco categorías de zonas residenciales y otras cinco de zonas económicas. Aplicado al objeto de análisis de este trabajo, se prueba útil para reflexionar en torno a la exclusión y lo urbano.

Si se sigue a Marcuse en su categorización de los tipos de barrios residenciales, el barrio descrito por Cohen parecería pivotar entre dos: la “ciudad alojamiento”, aquella de las áreas más económicas donde alquilan familias y abundan las viviendas sociales, y la “ciudad abandonada” aquella de los excluidos, los pobres, los desempleados, los sin techo.

“El barrio no era mucho más que esa calle, con la explanada de monoblocs a un lado y al otro varios negocios, pensiones, decrépitos

inquilinos de tres pisos y al fondo las chapas de la villa miseria (...)ahí, por dictamen o por astucia, se vivía hacinado pero barato.” (Cohen, 1992: 210)

Algo similar sucede respecto a la ciudad económica. El barrio del canal sería otra vez *mezcla*: “ciudad del trabajo no calificado y economía informal”, con sus pequeños negocios, la panadería, la pizzería -gran lugar de reunión- y, en la otra orilla del canal, las pequeñas empresas químicas, talleres de montaje o laminado y fábricas de conservas donde trabaja parte de la gente del barrio; pero también “ciudad residual”, *de almacenaje*:

“...una plaza bordeada por el agua concentra los desechos de la aceleración del mercado (...) que camiones particulares traen de barrios lejanos y descargan allí una vez por semana, renovando en el aire una vistosa cordillera sintética. Familias enteras escalan los montículos en busca de todo lo que funcione o pueda cambiarse por comida. La basura tecnológica que se expone en el canal va adornando la rabiosa apatía del barrio.” (Cohen; 1992: 216)

Esta dificultad de “encerrar” el barrio en una de las categorías de Marcuse, (tanto en la ciudad residencial como económica), lleva a inquirirse sobre la caracterización del mismo como un *barrio excluido*. Frente al *vaivén*, acaso fuera más interesante, parafraseando a R. Castel (1998), pensar en un barrio *vulnerable*, marginal, siempre al borde, no *muerto* sino *desfasado*.<sup>7</sup>

En realidad, todo depende del cristal a través del cual se mire. Verbigracia, mientras que para Lydia su nueva situación asemeja casi una *muerte social*, para los ojos

---

<sup>7</sup> R. Castel (1998) resignifica el concepto de marginalidad como las formas más frágiles de la vulnerabilidad popular. En lugar del par dicotómico integrado – excluido “revaloriza” la idea del marginal como aquél que se encuentra en una posición de desfasaje. Así, realiza un recorrido histórico de la concepción de la marginalidad, su asociación con el vagabundeo, la criminalidad, su estigmatización; destaca la diferencia entre marginalidad y pobreza, y señala el pasaje, en la modernidad, de una sociedad que privilegia la revolución y la lucha de clases, a una sociedad salarial centrada en la reducción de las desigualdades, para llegar al momento actual, donde la *vulnerabilidad de las masas* es tal, que, cada vez más, la temática de la lucha contra la exclusión reemplaza a la de la lucha contra la desigualdad.

sus vecinos, ella (con su trabajo fijo, una unidad para ella sola) es una de las privilegiadas del barrio. Así se ejemplifica en un diálogo entre Lydia y Tranco:

“Grande esta unidad, ¿no? Cómoda, eh. Un *magnífico apartamento* para una persona sola” dice, y Lydia, mordiéndose una uña, contesta: “pero una vive en el tiempo”. (Cohen; 1992: 218)

Esta apreciación distinta del espacio, remite a la noción de capital espacial y a cómo juegan los condicionamientos de clase en las representaciones, usos y valoraciones que los individuos hacen del espacio. La respuesta de Lydia “*pero una vive en el tiempo*”, abre el camino a dos interesantes reflexiones.

Por un lado, invita a pensar con las categorías bourdianas de “*habitus*” y “*trayectoria social*”. El *habitus* señala la unidad de *estilo* que une las prácticas y los bienes de un individuo o grupo social. Remite a la presencia de lo *social* en el comportamiento individual. A *futuro*, genera y unifica prácticas, esquemas de percepción, apreciación, clasificación. Y al mismo tiempo, estructurado por las experiencias del individuo, incorpora el *pasado* al presente. La idea de *trayectoria social*, vincula la biografía del individuo al contexto, permitiendo así rescatar las diferencias entre individuos que en un determinado momento comparten una misma posición social.

Lydia y sus vecinos tienen *habitus* de clase distintos, por tanto, *estilos de vida*, gustos distintos: Lydia disfruta de la lectura; sus vecinos sólo ven la novela de Musanti. Así, parecieran constituir respectivamente un *otro*. Esto se ejemplifica en el cuento cuando, respecto a la mujeres del barrio, Cohen escribe:

“...ni siquiera creen, no han creído nunca que Lydia y ellas puedan cambiar algo más que alusiones sin relleno” (Cohen; 1992: 266)

Por otro lado, la misma frase, “una vive en el tiempo”, empuja a reflexionar en torno a la relación entre identidad y temporalidad. L. Arfuch (2002), retomando los análisis de P.

Ricoeur, explica como ante la imposibilidad de representar el “tiempo”, la *trama* del relato adquiere un rol mediador, volviendo al mundo inteligible.

Desde esta perspectiva, Ricoeur propone el concepto de *identidad narrativa*, el cual, enmarcado en la dialéctica de la mismidad y la ipseidad, vuelve la mirada al *intervalo* entre ambos polos, permitiendo “reunir”, acción y personaje. Como en la *trama*, el sentido que otorga identidad -“unidad”- se configura retrospectivamente, de forma tal que la simple ocurrencia, *contingencia*, se vuelve parte *necesaria* de la historia. Se observa así, una concepción dinámica de la *identidad*, nunca realmente “acabada” que, en tanto se configura en el relato, une los polos del carácter (*idem*) y el mantenimiento del si (*ipse*).

“...nada en la vida real tiene valor de comienzo narrativo; la memoria se pierde en las brumas de la infancia; mi nacimiento y, con mayor razón, el acto por el que he sido concebido pertenecen más a la historia de los demás, en este caso a la de mis padres, que a mí mismo. Y la muerte, sólo será final narrado en el relato de los que me sobrevivan; me dirijo siempre hacia la muerte, lo que excluye que yo la aprehenda como fin narrativo”. (Ricoeur; 1996:162-163)

Ahora bien, el personaje de Lydia es un ser de ficción, parte de una historia literaria. Como tal, ésta carece de las múltiples imbricaciones presentes en las historias de vida, así como de su carácter abierto en el comienzo y el fin.

Se mencionó, la muerte *abre* el cuento y comienza un relato. Si bien el nombre “Lydia en el canal” a primera vista hace referencia al nuevo espacio, al barrio atravesado por ese canal que lo define, podría intentarse otro enfoque, y entender al canal como un *canal de parto*<sup>8</sup>. Identidad y tiempo se combinan en esta idea de un “nuevo nacimiento”, permitiendo una lectura altamente sugerente de la espacialidad.

Olvídense uno por un instante que se trata de una historia de ficción. Para Lydia, ser “viuda y empleada” y mudarse al barrio del canal era imprevisible, *discordante*, actuaba

---

<sup>8</sup> Debo esta sugerencia a la Lic. Silvia Juroviesky.

“contra” el polo de la mismidad. No obstante, desde la mirada retrospectiva, se vuelve necesario en la conformación de su identidad.

“La persona, entendida como personaje de relato no es una identidad distinta de *sus experiencias*” (Ricoeur; 1996: 147)

J. Derrida (1998) analizando la idea de acontecimiento, su singularidad, marca al nacimiento y a la muerte como aquello que se resiste al análisis, el origen y el fin del mundo.

Pues bien, si en esta historia Lydia no muere ni nace en sentido estricto, sí se *resiste a morir y se resiste a nacer*. No quiere dejar de ser quien fue ni empezar a ser quien será. La muerte de su esposo Ceo y su mudanza al barrio del canal implican tal giro en la “trama” de su vida, que la identidad del personaje *casí* se desarma. (Será labor de la mirada retrospectiva dotarlo de sentido).

El polo de la ipseidad cobra fuerza. Como la ciudad, Lydia se encuentra *discontinuada*. Ya no pertenece más al mundo de sus viejos amigos, con las salidas al cine, “las dos habitaciones y la cocina con luz” (Cohen, 1992:238), pero tampoco pertenece al barrio.

Aquí, la identidad y el tiempo se vinculan al espacio urbano. El pensamiento rehuye al cuerpo y el cuerpo rechaza los nuevos espacios.

La historia de Lydia se integra así al brutal proceso de empobrecimiento de las clases medias, sin posibilidad de salida. Desclasados “sin esperanza” de reenclausamiento. *La irrealidad*:

“Doce años de alejar el mundo o soportarlo, porque Ceo y ella juntos bastaban para hacerse alegría, se extinguen en la tela del atardecer. Ahora que Ceo no está más, ella ha vuelto al mundo y no entiende nada.” (Cohen; 1992: 216)

Así, se presenta la idea de *ciudad dual*. Para autores como Schapira los análisis de la misma se basan en la hipótesis según la cual las evoluciones económicas que caracterizan a las grandes metrópolis, especialmente a las *global cities*, implican un declive de las clases medias que en gran parte habían constituido la ciudad *fordista*.

Cobra fuerza la idea del *capital espacial* como clave de diferenciación entre “nuevos” y “verdaderos pobres”. (Schapira 2001) Para las clases medias empobrecidas, se trata de reafirmar fronteras entre un *nosotros* y *ellos*. Lydia rechaza todas las invitaciones que le hacen a unirse a las actividades del barrio: ir a bailar al Orinoco, ir a la iglesia de las vísperas a escuchar los sermones de los pastores, etc.

En las grandes ciudades del nuevo modelo de desarrollo tecno-económico, en sus distintos espacios, lo enaltecido y lo indigno “juegan a las escondidas”. Lo valorizado y lo degradado no conviven, pero coexisten desarticuladamente dentro del mismo sistema.

La ciudad fragmentada rompe el modelo de centro –periferia. En la década de los noventa, impera la lógica de privatización de los espacios; la sociedad urbana pierde su unidad y es reemplazada por un conjunto de territorios marcadamente identitarios (Schapira; 2001). La fractura social se retraduce a lo urbano. El relato de Cohen muestra uno de los costados, aquel donde aparece ese *estrato híbrido* que constituyen “los nuevos pobres”. El otro, el de “los que ganaron”<sup>9</sup>, el repliegue a los *countries* y barrios privados, queda entredicho.

No obstante, sí resulta explícita la negación de *ver* estos barrios, al borde de caerse del mapa. En la medida en que los últimos no alteren o amenacen sus condiciones de vida, los sectores dominantes se cubren los ojos, ocultan *lo indeseable*.

La pequeña historia: cuando a Lydia la visita un matrimonio amigo con quienes solía ir al cine, el espacio impide concretizar el intento de sobreimprimir una fantasía de mismidad sobre una realidad que es otra. Cohen escribe: “el espacio comenzó a desanimarlos como una infección” (Cohen; 1992:231). Luego, en el parque lindante,

---

<sup>9</sup> Cfr. Svampa, M. (2001)

“...los Altramonte *no se permitían mirar abiertamente* a los grupos gomosos que hacían culturismo alrededor de los braseros, a los que dormían en los bancos o anodinamente, al borde del canal, subastaban la ropa que habían robado la noche anterior”. (Cohen, 1992:231) (el subrayado es mío)

Resulta oportuno retomar la idea de *muro*, que propone Marcuse (1995), como límite simbólico, “representación” de la naturaleza de las divisiones sociales, que encierra el “adentro homogéneo” de un barrio frente a los *otros*. Dentro de su categorización, y en relación con “Lydia en el canal”, podría pensarse en los *muros de prisión*,

“...construidos para controlar y re-educar a aquellos forzados a vivir al otro lado de ellos (...) muros económicos y sociales rodeando guettos modernos...” (Marcuse, 1995: 182)

A ella (LYDIA) la habían *obligado*: viuda y empleada, había dicho el inspector de vivienda, *el reglamento de interacción solidaria* le adjudicaba un solo ambiente con cocinita y baño. (...) Cuatro y medio por seis eran las medidas lujosas para ese barrio...” (Cohen: 1992:210) (el subrayado es mío)

Muros intangibles, pero no por eso menos efectivos, que aíslan a los excluidos de la ciudad—red de flujos *que progresa*.

Mientras tanto, el pobre permanece inmóvil. La ciudad ha perdido su capacidad integradora. No hay intervención de las autoridades, sólo hay abandono.

En el cuento:

“incómodo frente al volante, un policía se rasca la espalda con el caño de la escopeta”. (Cohen; 1992:212)

Con relación a los “pibes del barrio”, Lydia reflexiona:

“Están ahí. Desde arriba, del *Estado*, no les llega nada salvo la directiva de donde mantenerse amontonados, y pueden pudrirse, robar, o hacerse humo sin que algo más que ellos mismos se haga cargo. Ni siquiera hace falta vigilarlos. Los vigilan las frases que tiene implantadas en el cráneo. No quieren ser otra cosa que esas frases, o el personaje que elijan de las novelas de Musanti. Cuando no copian a alguno de esos mamarrachos, imitan lo que hace tiempo aceptaron ser. Comen mal, se compran zapatillas de colores, crían músculo, tragan píldoras, intrigan, se filman. Siempre hay un papel que los vigila. Ahí les caben los deseos, como fruta en conserva. Pero cuando el papel exige, también pueden tener ambición. En otros tiempos hubieran tenido destino, ahora sólo tienen un papel, líneas breves y secundarias en una superproducción ajena. Por eso no conocen ni la voluntad ni la culpa; y son peligrosos.

Tendría que cuidarme, pensó. Primitivos urbanos.

Los pibes habían vuelto a caminar, aunque no avanzaban...” (Cohen; 1992: 237)

No hay progreso, sólo repetición; repetición en la estructura del espacio, con los monoblocs que se suceden, repetición en la vida, en la exclusión. La estigmatización de identidades se reafirma a través del espacio. Una podadora cercena los sueños de “ascenso” e integración.

Por otro lado, a medida que pasa el tiempo, Lydia pareciera resignarse a su nuevo espacio:

“...pero si yo estoy acá, yo también soy esto, pensó. No se puede ser condesa a cien yardas del carruaje.” (Cohen; 1992: 238)

Avanzado el relato, Lydia comienza a recibir cartas de amenaza. En una visita, la consultora terapéutica le dice que debe conservar la unidad, que allí tendrá recuerdos de una nueva vida. Lydia corta definitivamente sus vínculos de otrora. Más tarde, es víctima de un asalto. Finalmente, decide enfrentar a las chicas del barrio, ver quién manda los anónimos, quién la envidia, y les advierte que ahora ella *también* porta un *cuchillo* y que no se irá de la unidad. Le dicen que nadie la envidia (nunca se ha integrado a las actividades comunitarias) y que si se va a quedar, mejor que conecte a ese canal; que, además, Tranco y Vivián se mudan y que estará aún más sola.

¿Quiénes están entonces presentes en este relato? ¿Cómo se construyen las identidades de estos personajes?

Desde la gestión pública, en este barrio *vulnerable*, el Estado es un Estado *ausente*. Desaparecido el Estado de bienestar, se ha pasado de una concepción tutelar, a formas de asistencia dirigidas y distribuidas en forma descentralizada.

P. Pirez (1995), en un estudio sobre la gestión urbana y los actores sociales, propone *recortes*: la ciudad como sociedad *local*, y también recortes socio-territoriales particulares a los que la población otorga un significado determinado de forma tal de contribuir a la formación de la identidad de actores sociales específicos. Así, pueden encontrarse actores que, no sólo se reproducen económicamente en ámbitos intraurbanos -tal es el caso de algunos miembros del barrio del canal –, sino que se *definen* por una *pertenencia territorial intralocal* la cual, de acuerdo con Pirez (1995), se asociaría a la idea de consumo o necesidad.

Marcuse, quien utilizaba el concepto de muro, recordaba el carácter dinámico y ambivalente del mismo en tanto que, al tiempo que puede aislar, puede otorgar cierto sentido de identidad a aquello que se encierra. Si bien en este relato no hay acciones

colectivas reivindicativas, sí habría, entre los habitantes del barrio, un sentimiento de comunidad, un reconocimiento de prácticas, gustos compartidos.

A pesar de la marginalidad habría un *nosotros*. La religión y la fiesta (las tardes de sermones y las noches bailables) constituyen los dos puntos de comunión. Sus necesidades y sus objetos de consumo parecieran coincidir. Sin embargo, no hay una organización de actores comunitarios basadas en la solidaridad. Las estrategias desplegadas son individuales (Vg. Tranco y Vivián cohabitan con su tía sólo a fin de conseguir una unidad más grande). El aire se embebe de conflictos, pero no surgen en el relato movimientos reivindicativos.

Rescatando a Pirez (1995), esto se debe en parte a que, en tanto la percepción de la ciudad dependería de la experiencia micro-social y micro-territorial, resulta difícil para los grupos sociales vincularse con la ciudad como hecho global. Traducido al plano político, derivaría en la debilidad y marginalidad de la constitución de actores “propiamente urbanos” y de movilizaciones.

Distintos *libretos* en la “ciudad global”: la dinámica de flujos frente a la irreducible pluralidad de identidades culturales. Fragmentación, dualización y profundización de las desigualdades.

El olvido de la historia y la consecuente naturalización de la degradación resultan los más poderosos aliados de los sectores dominantes, quienes enclasan a los grupos excluidos en categorías inferiores, limitando sus posibilidades de ascenso y restringiendo sus espacios. Para los *integrados*, estos barrios marginales, representan lo desaprobado, *lo que se debe evitar*. Resulta así un doble juego: el estigma de la pobreza restringe los ámbitos de la ciudad “permitidos” para estos grupos a los barrios *desvalorizados*, los cuales, a su vez, cargan su propio estigma, profundizando aún más la fragmentación.

La relación entre la literatura y el pensamiento urbano es muy amplia. Sin pretensiones de un análisis exhaustivo, se ha tomado un caso particular a través del cual se ha intentado mostrar cómo los relatos literarios enriquecen el pensamiento urbano, produciéndose fecundas articulaciones entre ambos. Sin ir muy lejos, podría considerarse otro relato del mismo autor: “Volubilidad”, una aguda crítica de la sociedad posindustrial, que cuenta la historia de Maguire, quien a pesar de sus estudios en gestión comercial, va pasando de trabajo en trabajo, decayendo cada vez más hasta convertirse en lo que el estado denominaba un “indefinido social”, (“macilla en los intersticios del cuerpo consumidor”, Cohen 1992: 188). Así, sólo conoce las identidades que les inventa a los pasajeros regulares del vagón cuatro del tren de las 7.28, y rehuye a una visitadora social que lo busca para ofrecerle “voluntad de cohesión”. La ciudad y el vahído, la enajenación, y una casi obligada relación con G. Simmel y la alineación del individuo en las grandes ciudades.

El cuento “Lydia en el canal” termina con una escena con Vivián, donde Lydia se queda encerrada fuera de su departamento, y toman un café. Lydia decide irse y sobre ella, Cohen escribe:

“el pensamiento, súbitamente empecinado en pertenecer al cuerpo (como el picaporte pertenecer a la mano), busca algún vínculo entre un mandala de cajas y muebles, la exiliada llama de una estufa, el sabor de la saliva, y el imperturbable lenguaje de Redio Musanti.

“Ciertos enigmas sólo se revelan ante el abismo de la muerte”, dice Lydia, y de repente se ríe. “me tengo que ir, Vivián.”

Apreciando acaso la inspiración, la chica parpadea. “¿Y la llave?”, dice.

“Cuando vuelva le pido a Tranco que me abra.”

Al menos será una forma de obligarlo a despedirse, piensa Lydia en la penumbra del corredor, y tanteando el pasamanos baja por la escalera a la calle, a sus rumores complicados, otras formas de la intemperie o lo inmenso.” (Cohen; 1992: 273)

Así, el relato reafirma su poder disparador para reflexionar sobre la problemática urbana y, libre de las ataduras de los lenguajes académicos, atrapa la mirada.

En una actualidad donde cada vez son más las Lydias que no resignan su “título nobiliario” aún cuando se encuentran a más de cien yardas del carruaje, y la sociedad no se permite mirar abiertamente a “los grupos gomosos que hacen culturismo alrededor de los braseros”, se agudizan las preguntas sobre la fragmentación urbana, la dualización de la ciudad y la exclusión social.

¿De qué nos sirve la fuerza de las imágenes literarias? De alguna forma son potentes filtros para articular toda una pléyade de teorías y teoremas de lo social que, por aprendidos, se desmayan sin operacionalizarse crudamente en la realidad. Esta suerte de comunión entre literatura y sociología es como un tobogán con pendiente acelerada que iluminaría de cuajo escenas sociales difíciles de olvidar.

La frase de Cohen “Primitivos urbanos. Los pibes habían vuelto a caminar pero no avanzaban” no se disipa sin previos ecos. La articulación entre literatura y pensamiento urbano se reactualiza.

A los que hemos sido educados en la tradición científica de la sociología, la entrada en un templo literario nos confunde. Nuestra experiencia del espacio sagrado *primero*, hace que esperemos “otra cosa”. No acertamos a sentirnos acogidos en él. Sin embargo, parece justamente un lugar para el debate.

Las palabras contenidas en las obras literarias se convierten en excelentes prácticas sociales y nos hacen señales.



## BIBLIOGRAFÍA

Arfuch, L. (2002) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* (cap I, II y III), Bs. As, FCE

Borja, J. y Castells, M. (1996) *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información* UNCHS, Hábitat II, Estambul.

Bourdieu, P. (1991) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid.

Castel, R. (1998) “La lógica de la exclusión social” en Bustello, E. Y Minujin, A. (comp.) *Todos entran*, Santillana, UNICEF, Argentina.

Ciccolella, P. (1999) “Globalización y dualización en al región metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socioterritorial en los años noventa”, *Revista Eure* vol XXV nº 26, pp. 5-27, diciembre, Santiago de Chile

Cohen, M (1992) *El fin de lo mismo*, Alianza editorial, Bs As

Derrida, J. (1998) “Artefactualidades” y “ecografías de la televisión” en *Ecografías de la televisión*, Eudeba, Bs. As.

Herzer, H. Pirez, P et al. (1993) *Gestión urbana en ciudades intermedias de América Latina* UNCHS, Nairobi

Marcuse, P. (1995) “Not chaos, but walls: postmodernism and the partioned city” en *Postmodern cities and spaces*, S Watson y K Gimbson, Blackwell (traducción de la cátedra “procesos sociales y urbanos”, carrera de sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA)

Pirez, P. (1995) “Actores sociales y gestión de la ciudad” en *Ciudades*, nº 28  
México, pp. 8-14

Ricoeur, P., (1996) *Si mismo como otro*, México, siglo XXI, cap VI

Sassen, S. (1999) *La ciudad global*, Eudeba, Bs As

Schapiro, M. (2001) “Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades” en  
*Perfiles Latinoamericanos*, año 10, nº 19, diciembre. FLACSO, México

Svampa, M. (2001) *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*.  
Biblos, Bs As